

absoluto poseedor de la infalibilidad, á pesar de no haber sido esta declarada dogma, el cual como representante de Dios exigía obediencia ciega á sus mandatos y se creía autorizado para condenar en esta y en la otra vida, moral y materialmente, á los que le oponían resistencia, como rebeldes que eran á la voluntad divina: tal era Inocencio III, que se encontraba al frente del gobierno universal jerárquico con sus franciscanos y dominicos, semejantes á un ejército amenazador, y en posesión de un poder de que nunca había dispuesto mortal alguno. Los príncipes laicos se inclinaban humildemente delante de su trono y ponían en sus manos la suerte de sus Estados; la victoria conseguida sobre Juan de Inglaterra, que se atrevió á luchar contra este nuevo orden de cosas, y el destronamiento de su aliado el emperador Oton, que había intentado emanciparse de la autoridad de la Iglesia después de haberla soportado hasta entonces, confirmaron á los ojos de los sorprendidos contemporáneos



Sello del siglo XIII.

El arzobispo de Arles, como señor, toma el juramento de fidelidad y homenaje de un caballero, Raimundo de Mont-Dragon. (Archivo nacional de París.)

la justicia de las pretensiones formuladas por Inocencio III y fueron consideradas como sentencia divina que á todos debía imponer humilde obediencia. Pero cuanto más consecuente se mostraba el sistema pontificio, tanto más se unían los amenazados para oponerle enérgica resistencia; por lo cual Inocencio III, en la primavera de 1213, decidió convocar un concilio general, considerando indispensable el robustecimiento que podía proporcionarle la aprobación solemne que toda la Iglesia diera á su política. Sin embargo, la resistencia que había surgido contra su sistema en el seno de la Iglesia, y de la cual pensaba triunfar de un solo golpe, apareció en el mismo concilio y precisamente en la cuestión política más importante de cuantas en aquel tiempo se agitaban.

En noviembre de 1215, reunió el concilio general en Letrán, siendo tan concurrido, que bien pudo afirmarse que allí estaba toda la representación de la Iglesia. A él asistieron setenta patriarcas y arzobispos, entre los cuales figuraban en primer término los de Jerusalén y Constantinopla, cuatrocientos obispos y doble número de abades y priores. También acudieron embajadores de Alemania, Francia, Inglaterra, Aragón, Castilla, Hungría, Chipre y Jerusalén, y otros plenipotenciarios de príncipes y ciudades. Las cuestiones que el papa al convocar el concilio había señalado

como objeto principal de las discusiones, tales como la reforma de la Iglesia y los cuidados que para lo porvenir debían inspirar los Santos Lugares, fueron sin dificultad resueltas conforme á los deseos de Inocencio; pero en cambio los asuntos en que los intereses de la curia se rozaban con los del Estado dieron lugar á serias controversias entre el pontífice y una parte del concilio, que combatió, según parece, enérgicamente el sistema con el cual el papa había gobernado hasta entonces la Iglesia. En efecto, cuando se habló de la guerra de sucesión alemana, no solo las ciudades lombardas adictas á Oton IV, á cuyo frente figuraba Milan, se mostraron descontentas de la política pontificia, sino que en el seno mismo del concilio el welfo encontró ardientes defensores, y no faltaron algunos que manifestaron el temor de que con la victoria del Staufen, apoyado por el papa, se reprodujeran los peligros que habían amenazado á la Iglesia en tiempo de Enrique VI. Según parece, llegó á exigirse de Inocencio III que dejara de prestar su apoyo al rey de Sicilia y amparase á Oton IV ayudándole, con los poderosos recursos de la Iglesia, á fortalecer su vacilante trono. La autoridad pontificia, sin embargo, consiguió, ignoramos de qué manera, reducir á silencio á esta oposición, de tal suerte que en la última sesión el concilio aprobó la conducta por Inocencio III seguida contra Oton y entonces pudo ser notificada al mundo con mayor autoridad la sentencia en que el pontífice excomulgaba y destituía al emperador. Esto, como era natural, causó profunda impresión y contribuyó poderosamente á acelerar la victoria de Federico II y á desvanecer toda esperanza de éxito que pudiera abrigar el partido welfo.

¡Cómo habían cambiado los tiempos! Pocas décadas hacia que el emperador Federico I, apoyándose en los ejemplos de Constantino, Justiniano y Carlomagno, había hecho comparecer delante de su trono á los papas rivales para oír de sus labios su derecho y su justicia, y á la sazón el papa, apoyado por el concilio general, quitaba el imperio y la corona á un sucesor de los emperadores romanos que había profesado siempre los mismos principios de estos. Al propio tiempo el papa auxiliaba á su vasallo el rey de Inglaterra, que estaba en lucha con sus barones, y le relevaba del juramento que había prestado á la Magna Carta, documento que trazaba ciertas limitaciones á su caprichoso despotismo. Así Inocencio III, mandando sobre pueblos y príncipes, relevándoles ó recordándoles sus juramentos según convenía á las ventajas de su accidentada situación, era el representante de una dominación universal en que se unían las autoridades supremas eclesiástica y laica, siendo papa y rey á la vez y pudiendo jactarse de haber realizado los ideales de Gregorio VII.

Sin embargo, ya comenzaban entonces á presentarse los signos precursores de una reacción.

CAPITULO II

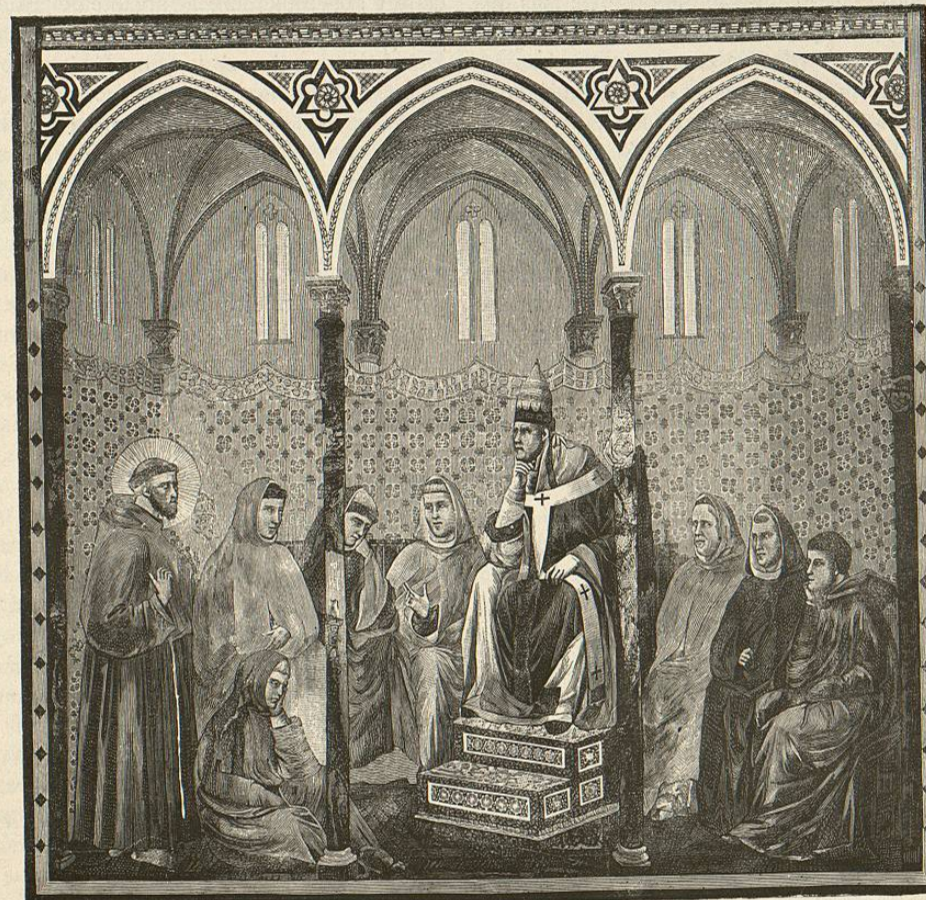
EL EMPERADOR FEDERICO II

(1215 - 1235)

El apenas adolescente monarca que ceñía la corona alemana había sido educado en una escuela que dejó indelebles huellas en su carácter. Federico II casi no había conocido á su padre; las primeras impresiones que recibió fueron la lucha entre alemanes y sicilianos, la expulsión de los primeros y la apasionada agitación nacional de los últimos. Cuando solo contaba cuatro años había visto bajar al sepulcro á su madre; y en desconsolador aislamiento, sin un pariente que se hiciera cargo de él y procurara llenar el vacío que en el corazón de aquel niño había dejado la pérdida de

sus padres, se había encontrado rodeado de personas divididas por antagonismos políticos y por intrigas personales. Colocado en medio de apasionadas luchas de partido, vióse solicitado, según los cambios de la fortuna, ora por una ora por otra parcialidad que quería cubrir con su real nombre la ambición y la codicia, los caprichos y el despotismo de los gobernantes. De esta suerte había tenido que sufrir á Markwardo de Anweiler, á Capparone, que le tuvo largo tiempo como prisionero, y á Diepoldo de Acerra, y había visto que el pontificado, cuyo representante era su tutor desde la muerte de su madre, no podía como regente del

reino poner término á los odios de las facciones y á las atrocidades de los ambiciosos magnates, ni hacer respetar los derechos que le correspondían. ¿Qué enseñanzas había de sacar de estos sucesos y de estas circunstancias aquel inteligente niño? Por de pronto, la idea de la conveniencia de que los hombres no penetraran sus pensamientos y por tanto la de ocultar sus verdaderos deseos y propósitos. De esta idea dedujo también que no había que confiar en los hombres; que los actos de todos ellos eran producto de interesados cálculos, y que solo debía atenderse al provecho propio y procurarse que los demás contribuyeran á él aun contra



Francisco de Asís predicando delante de Honorio III.—Fresco de Giotto de Bondone (1276-1336), en la iglesia de Asís

su voluntad. Si después Federico mostró ser un maestro consumado en el arte maquiavélico del disimulo y en el de disfrazar los fines que se proponía conseguir, aprovechando para ello, con falsos pretextos, las fuerzas de los demás, débese á las circunstancias en que se educó y que en su edad primera le obligaron á pensar y á proceder en política. Dotado de una inteligencia friamente calculadora, que juzgaba á los hombres y á las cosas por la utilidad que le reportaban, difícilmente accesible á todo impulso del corazón que hubiera podido constituir un obstáculo para la práctica de esta política de craso egoísmo, estaba constantemente dispuesto á salir de las dificultades en que se encontraba por medio de concesiones momentáneas, que al mejorar las circunstancias derogaba y tenía por nulas. Es muy probable que además de estar aleccionado por los acontecimientos de Sicilia se inspirase, bajo este punto de vista, en el ejemplo de aquel hombre de Estado siciliano (1), Gualtero de Palear, arzo-

(1) Winkelmänn: *Anuario del imperio alemán en tiempo de Oton IV*, página 84.

bispo de Troya y por largos años canciller del reino de Sicilia, el cual había estado siempre al lado del joven rey, porque no se dejaba arrollar por los cambios de situación política y sabía siempre reconquistar su plaza haciéndose indispensable á todos los gobiernos. Esto, sin embargo, no impidió que Federico, en cuanto llegó á la mayor edad y se sintió seguro en el poder, se deshiciera tan pronto como pudo de su canciller. Cuanto menos se despertaban en el corazón del joven rey los sentimientos y las afecciones, tanto más independiente, complejo y rico era el desarrollo de su precoz inteligencia, impulsada de seguro por los elementos que le rodeaban, en los cuales se daban la mano el Oriente y el Occidente y se unían las civilizaciones cristiana, árabe y bizantina formando un conjunto espléndido y rico en colores. La catedral y el palacio construidos por sus antepasados normandos, el lujo de las residencias de recreo rodeadas de jardines, la afición semi-oriental á los placeres sensuales, que caracterizaba hacia muchas generaciones á los que las habitaban, tuvieron para aquel joven, dotado de gran viveza y de ardiente sangre, irresistibles atractivos, á los cuales nun-

ca pudo resistir. En edad temprana (1209), y por consideraciones políticas, se casó con Constanza de Aragon, viuda de Aimerico, que tenía muchos más años que él y que fué especialmente para su joven esposo una auxiliar en los cuidados del gobierno, y restableció al mismo tiempo el harem semi-oriental que ya en la época normanda había existido en Palermo. Además de esto, su trato con instruidos y á menudo sabios representantes del Islam le hizo aceptar un punto de vista religioso que le apartaba de las doctrinas eclesiásticas de su tiempo y que le hacía tener en cuestiones religiosas una indiferencia parecida á la de los filósofos enciclopedistas de los siglos posteriores. Sin embargo, no merece el calificativo de mahometano que algunos le dieron, por más que á pesar de la religiosidad que aparentaba, tampoco pueda ser considerado como un verdadero cristiano, tal como entonces se entendía esta palabra. A estas ideas correspondía la preferencia que daba á las ciencias exactas: había adquirido profundos conocimientos en matemáticas, física y medicina, y á ellos recurría cuando los cuidados del gobierno le permitían algún descanso. Estas aficiones científicas le impulsaban al trato con los mahometanos y al estudio de los autores árabes, que eran entonces también los maestros de todo el Occidente. ¡Con cuánto gusto discutía con los profesores árabes en animados diálogos los problemas filosóficos! Había llegado á dominar el difícil idioma árabe, que todavía se hablaba en muchos puntos de Sicilia, y hablaba perfectamente las lenguas latina, griega y francesa. Su corte de Palermo fué uno de los principales centros de donde debía salir el futuro idioma de Italia, cuya poesía era en Palermo atendida y cultivada. Únicamente un rasgo faltaba por completo á la rica é inteligente persona de Federico: nada indicaba en ella su origen alemán; en este monarca vemos mezclados los elementos siciliano, griego y árabe, pero no encontramos ninguno que fuera alemán, lo cual se debía sin duda á que había pasado su juventud, los años de su vida más propios para sentir y para educarse, entre personas altamente hostiles al carácter de los alemanes.

Los guerreros de Alemania que habían ido á Sicilia para contener y vencer el movimiento nacional, y que repetidas veces se habían levantado contra Federico y contra su gobierno siciliano, no eran hombres á propósito para hacerle conocer y apreciar lo que eran Alemania y los alemanes. Así es que cuando quiso hacer valer, en un momento crítico, sus derechos á la corona alemana, no se sintió impulsado por consideraciones nacionales, ni por el cuidado de los intereses germánicos, sino que le movió tan solo el deseo de valerse de Alemania para el engrandecimiento de la potencia siciliana, como su padre se había valido de Sicilia para el de la alemana; es decir, que le guió el afán de reconquistar el punto de apoyo sin el cual no podía restaurarse la dominación universal de los Staufen. Federico, aun como rey alemán, fué siempre tenido en Alemania por extranjero: sin conocer las circunstancias especiales de esta nación, sin interesarse por su porvenir y sin deseos de ejercer en ella una influencia decisiva, solo quiso desde un principio sacar de allí cuantos recursos pudiera para realizar sus planes, que tendían á muy distintos fines. Partiendo de estas miras mezquinas y egoístas, no tuvo reparo alguno en sacrificar las formas de la vida alemana más favorables á su desenvolvimiento y que mayores esperanzas hacían concebir, en aras de los poderes á ellas hostiles. Las que más tuvieron que sufrir con esta política fueron las ciudades alemanas, naciendo de aquí como consecuencia la disminución del patrimonio real alemán y de los derechos de la monarquía, el perfeccionamiento de la soberanía territorial de los príncipes y la progresiva destrucción del reino. Ningún alemán puede

considerar sin lamentarse la suerte que Federico II deparó á su patria: la principal causa de la miseria que se sintió en las siguientes décadas procede de este reinado. No obstante, es imposible dejar de admirar la fuerza gigantesca de aquel soberano, que mientras mayor era el peligro y más se enardecía la apasionada lucha, más imponente se presentaba y mayor temor y admiración infundía á sus enemigos. Federico II tenía un carácter despótico dotado de voluntad y de poder extraordinarios. Su modo de pensar, que estaba muy por encima de la limitada inteligencia de su época, le hacía parecer una figura exótica en aquellos tiempos, un ilustre libre-pensador, el primer monarca que había comprendido clara y concretamente la noción del Estado y que sin consideración alguna quiso hacerla comprender á los demás. Dos siglos le separan de Oton III, del cual nos recuerda la figura por su falta de carácter nacional; pero la diferencia que, á pesar de esta semejanza, entre ambos existe, se comprende con solo observar los progresos que en aquel lapso de tiempo había hecho el mundo y la modificación que habían sufrido los principios en que se fundaba la cultura intelectual, moral, política y religiosa. Las luchas de Federico II y su fracaso después de titánicos esfuerzos demuestran, por otra parte, cuán lejos estaba el mundo de los ideales á que tendía y cuán difícil y tortuoso era el camino que para llegar á ellos tenía que andarse todavía. Podía decirse que Federico II había venido al mundo quinientos años antes de lo que debía: su sitio hubiera estado en los siglos XVII y XVIII, en cuyos ilustres despotas y en sus sabios, aunque exaltados y violentos auxiliares, hubiera tenido sus verdaderos correligionarios.

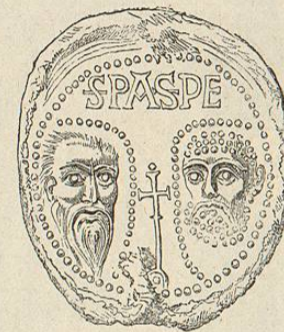
Inocencio III había comprendido cuán peligroso podía ser para la Iglesia el entronizamiento de Federico de Sicilia en Alemania: las promesas y los documentos autorizados que le dió su protegido, cuando se detuvo en Roma de paso para Alemania, parecía que debían alejar el peligro; pero, naturalmente, solo lo alejaron en parte, pues los diques que se habían querido oponer al crecimiento del poder de los Staufen fueron muy pronto derribados. Ni el mismo Inocencio III pudo evitar el curso de esta evolución que se fundaba en la lógica de los sucesos. Fallecido que hubo este papa en 16 de julio de 1216, sucedióle Honorio III, hombre que distaba mucho de tener el profundo golpe de vista, la madurez de juicio, la fuerza de voluntad y la energía de acción de su antecesor. A pesar de esto, el nuevo papa se dejó llevar de los principios preponderantes en la política pontificia, que obedeciendo á las leyes de la gravedad debía seguir el camino trazado; pero Federico II, que no le debía consideración alguna, pudo hacer prevalecer su superioridad intelectual. Desde que Federico había tomado posesión de la corona alemana, se propuso como objeto inmediato eludir el cumplimiento de los deberes que le había impuesto Inocencio III, y procuró sistemáticamente aislar á la curia para el momento en que estallara la lucha, á fin de imposibilitarla para la defensa, mostrándose, sin embargo, hasta entonces sumiso para que le creyera sujeto á su servidumbre. Sin embargo, dió algunos pasos que con razón podían poner en cuidado á la curia. Antes de su expedición á Alemania, su esposa Constanza de Aragon había dado á luz un hijo: en 1216, Federico llamó á Alemania á este y á aquella y nombró duque de Suabia al joven Enrique, lo cual era ya un primer paso hacia la unión, en la persona de su hijo, de las coronas alemana y siciliana. Pronto fué Enrique nombrado rector de Borgoña, demostrándose así que Federico seguía la senda de su abuelo, mientras por otro lado procuraba atraerse á los príncipes laicos y eclesiásticos, por medio de concesiones hechas á costa del poder real. En estas circuns-

tancias murió, casi olvidado, el emperador Oton, en 10 de mayo de 1218, en Harzburgo, y entonces el conde palatino Enrique, su hermano, entregó á Federico las insignias imperiales y le prestó homenaje. No había pasado apenas un año cuando el emperador, en abril de 1220, hizo que los príncipes eligieran formalmente rey de romanos á su hijo Enrique. Los violentos acontecimientos que habían sucedido á la muerte de Enrique VI habían resultado, como se ve, inútiles: la familia de los Staufen se encontraba casi en el mismo punto á que había llegado en tiempo de aquel monarca, y todo cuanto Inocencio III desde la recuperación de los Estados de la Iglesia había conquistado, fué puesto de nuevo en tela de juicio, dibujándose en lontananza ya otra vez los contornos del futuro imperio universal. Si la política pontificia hubiese sido entonces la misma que diez años antes, probablemente hubiera estallado de nuevo el conflicto en aquel momento; pero ni Honorio III era un Inocencio, ni Federico II un Enrique VI. Mientras el papa acariciaba la halagüeña creencia de que eran sinceras las protestas de sumisión que le hacía el monarca, y pensaba aprovecharse de ellas para llevar á cabo una nueva cruzada, Federico, que no caminaba hacia sus fines tan violentamente como su padre, conseguía engañar á la curia, aparentando asentir á tales proyectos, y lograba conquistar las ventajas que este aparente asentimiento le proporcionaba y ganar con su maestría diplomática tiempo y poder. Teniendo en cuenta el carácter de este monarca, libre-pensador ó por lo menos indiferente en religión, resulta siempre un hecho extraño: que siendo el amigo y protector de los filósofos árabes, no tuviera reparo alguno en entregar al fanatismo de los guardadores de la verdadera fe á los herejes que se separaban de las doctrinas religiosas reconocidas. Este nombre de herejes era el pretexto bajo el cual la Iglesia ensanchaba cada día más su esfera para perseguir severamente á las comunidades que se atenían al Evangelio desfigurado, y es por lo mismo también de extraño que Federico no vacilara un momento en poner la autoridad del Estado al servicio de la Inquisición. Esto puede solo explicarse por la circunstancia de que tan indiferentes le eran la ortodoxia católica como los preciosos restos de la verdad evangélica y los elementos de nueva vida espiritual y eclesiástica que las comunidades heréticas contenían.

La política de Federico II produjo el resultado que apetecía: cuando este monarca, después de haber confiado la regencia de su hijo, Enrique VII, en Alemania al arzobispo Engelberto de Colonia, se dirigió á Italia, recibió de manos de Honorio III la corona imperial (22 de noviembre de 1221), en cuya ocasión renovó los votos que había hecho de emprender una nueva cruzada para salvar los Santos Lugares. Pero, á pesar de haber enviado inmediatamente á Egipto á su íntimo consejero el noble Hermann de Salza, maestro de los hermanos de la casa alemana de Santa María, siempre tuvo nuevos pretextos para aplazar su marcha y para disculpar su morosidad; ni siquiera la profunda impresión que la noticia de la catástrofe definitiva de los cristianos en Damietta produjo en todo el Occidente cristiano, fué bastante para modificar en lo más pequeño esta conducta del emperador, de la que tanto se lamentaba á la sazón el papa. La comedia duró todavía algunos años, durante los cuales se enfriaron poco á poco las relaciones pacíficas entre el imperio y la Iglesia y se dificultó la posibilidad de resolver amistosamente el conflicto, por comprenderse de un modo cada día más claro cuáles eran las verdaderas intenciones del Staufen.

En abril de 1222 tuvo Honorio III una entrevista con el emperador, en Veroli, pero nada pudo conseguir, convi-

niéndose tan solo en convocar un congreso que discutiera las cuestiones relativas á los Santos Lugares, y que se reunió en Ferentino en el mes de marzo de 1223. Entonces el emperador se obligó á partir para Oriente lo más tardar dentro de dos años. Desde el primer momento se vió, sin embargo, que esta cruzada tendría un carácter muy distinto del que esperaba y deseaba la Iglesia, pues desde el momento en que Federico, viudo por haber muerto Constanza de Aragon, se casó, á instancias de su consejero Hermann de Salza, con Iolanda, hija de Juan de Brienne, que se titulaba entonces rey de Jerusalem, y adquirió de esta suerte cierto derecho hereditario sobre el reino cristiano de Palestina, su empresa abandonó la esfera dentro de la cual se habían movido hasta entonces las cruzadas, convirtiéndose en empresa política de interés dinástico, con lo cual suscitó la oposición de todos los que tenían un interés en que se mantuviera el orden de derecho que existía en Oriente. Los dos años fijados transcurrieron sin que el emperador cumpliera su promesa, y el nuevo plazo que se le concedió transcurrió también sin que se emprendiera la cruzada. Poco á poco iba



Bula del papa Honorio III.

La efigie de la izquierda representa á San Pablo y la de la derecha á San Pedro (según la inscripción)

descubriendo la curia las intrigas de Federico, que cada vez eran más apremiantes y que llegaban ya á ser una amenaza. En julio de 1225 contrajo el emperador, en San Germano, una nueva obligación robustecida por solemne juramento, comprometiéndose á cumplirla bajo pena de excomunión. Entonces parecía que Federico obraba por fin con formalidad; Iolanda fué solemnemente conducida á Italia, el emperador se adornó con el título de rey de Jerusalem, y en Italia y en Alemania se hicieron los preparativos necesarios para la expedición marítima. Pero de nuevo se observó que estos preparativos tenían otro objeto, pues era evidente que Federico se proponía aprovecharse de la cruzada que la Iglesia le imponía para extender su soberanía en Italia y especialmente para sojuzgar las ciudades lombardas, con lo cual reanudaba la política que tan funesta había sido á su abuelo. Cuando en la Pascua de 1226 convocó una gran dieta en Cremona para tratar de las disposiciones que debían adoptarse para el mejor éxito de la cruzada, mejorar el orden de cosas del imperio y consolidar en él la paz,—por cuya razón fueron invitados á ella, además de la nobleza laica y de los obispos, los magistrados de las ciudades, y asistió también Enrique VII, que se encontraba en Alemania,—las ciudades lombardas tomaron las medidas que creyeron convenientes para defender su libertad amenazada. La mayor parte de ellas formaron una liga cuyo centro fué Milan, para defender con las armas en la mano, si era necesario, los derechos que por la paz de Constanza les habían sido concedidos. Pronto estuvieron hechos los preparativos bajo la dirección de los di-